

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 435.

Alicante 5 de Abril de 1879.

Año X.

LA CRUZ.

Los que hemos nacido en estos tiempos, ni con el mayor esfuerzo del pensamiento podemos imaginar lo que era la muerte de un crucificado.

Todo el cuerpo pendiente de cuatro heridas; un dolor sin tregua: una fatiga sin reposo; la sangre vertiéndose gota á gota, y la vida acabándose por momentos, pero en muy lenta agonía; en los miembros el dolor agudísimo que resaltaba de haberlos atravesado un clavo hincado á martillo, y aquellos espasmos nerviosos que son su consecuencia: en el pecho la sed abrasadora que causa la pérdida de la sangre; en el alma la certidumbre de la muerte y de la tardanza de la muerte... despues espirar.

Pues á este suplicio fué entregado El que habia pasado su vida haciendo bien.

Cuando le prendieron estaba orando; porque uno de los suyos hirió levemente á un criado de sus perseguidores, le reprendió y curó en el acto al herido. Cuando en las juntas y asambleas le colmaban de in-

jurias y levantaban contra Él calumnias y falsos testimonios, callaba; cuando una mano sacrílega se levantó contra aquel rostro divino, solo dijo lleno de mansedumbre: *si hablé mal, muéstrame en qué, y si no ¿por qué me hieres?* Cuando lloraban por Él, aconsejaba que llorasen los demás por sí y por sus hijos; y cuando acababan de agotar en su sagrado cuerpo todos los rigores de la crueldad humana, pidió á Dios que perdonase á sus verdugos, y perdonó á un ladron todo lo que habia pecado.

¿Qué mal habia hecho? Esto era lo que Pilatos preguntaba una y otra vez á sus perseguidores, y nada le contestaban. ¿Qué mal habia hecho para que ese tormento indecible de la crucifixion se hubiese agravado entonces hasta superar á todo lo que puede imaginarse? Un dia entero pasó desde el prendimiento hasta que la víctima divina entregó al Padre su espíritu, y casi un dia hasta la crucifixion, todo empleado en recibir denuestos, golpes, tratamientos inícuos, llevar sobre los hombros el instrumento del martirio, y sufrir aquel suplicio infamante y dolorosísimo, casi siempre seguido de la

muerte que la cobardía del presidente romano le infligió, creyendo que despues daria compasion á sus mismos enemigos.

Y no se compadecieron y le acompañaron hasta el Calvario y le vieron poner en la cruz; y allí, en pié, contemplando aquel suceso espantoso (¡Santo Cielo, qué horror!) á su misma Madre que le habia seguido paso á paso en todo aquel dia de infinita amargura, y entonces tampoco le dejó, (*Stabat juxta crucem mater ejus,*) y no se compadecieron.

Pues ¿qué mal habia hecho?

No lo sabian. Pilatos habia dicho: «nullam invenio in eo causam;» no le encuentro delito.

Los príncipes de los sacerdotes le tenian condenado ántes de oírle, y despues de oírle le acusaban de blasfemia porque habia dicho en su presencia que era el Cristo; pero el Cristo estaba anunciado por todos los profetas y por el legislador de todo el pueblo Moisés, y si alguno de ellos no sabia que el Salvador lo era, ¿cómo podia saber que no lo fuese?

Si habia en las turbas gentes que ignorasen que el Redentor era Dios, lo cierto es que á nadie se ocultaba que era un justo. *No te mezcles en lo que concierne á ese justo,* envió á decir á Pilatos su mujer. Pilatos confesó cinco veces que era inocente, y Herodes, aunque disgustado de su silencio, no halló en él nada que castigar. Pues entonces, ¿por qué se pidió la libertad de Barrabás y no la de Jesús?

Estaba escrito; pero no se puede negar que en las almas extraviadas se levanta á veces la llama del odio á la virtud, al bien, á la santidad, á Dios mismo; y sin disfraz, sin cubrir las apariencias, sin disculpar el delito con el error.

La predicacion evangélica era como un grano de mostaza, que sepultado en la tierra habia de brotar y crecer hasta abrigar en sus ramas á las aves del cielo. Hoy dia son doscientos millones de hombres los que nos golpeamos el pecho como el Centurion al presenciar con los ojos del espíritu el suceso del Calvario, y decimos, tambien como él, de lo íntimo del alma, *verdaderamente éste era el hijo de Dios;* pero entre nosotros, y fuera de nosotros, todavía oimos aquella abominable palabra con que se respondía á Pilatos, cuando proponia á la muchedumbre desde el balcon del Pretorio la liberacion del Señor: *crucifícale, crucifícale.*

Quieren muchos que su Vicario esté humillado, y áun que le atáran las manos para que no los bendijese; quieren separar á los niños de la idea y la doctrina del Salvador, que dijo: «Dejad los niños venir á Mí;» quieren que sus ministros sean pobres, débiles, despreciados, para que solo puedan hacer poco bien; quieren arrasar de la faz de la tierra á los que visten por toda la vida un hábito de penitencia, y se ofrecen voluntariamente á seguir, no solo los preceptos, sino tambien los consejos de Jesucristo; quieren que se

abran cátedras de error donde no se conocieron, y que se enseñe á los pueblos la herejía; y sin embargo, ni Jesucristo, ni la Iglesia les había hecho ningun mal. No, no les había hecho ningun mal; ántes les había hecho mucho bien, y ellos mismos lo confiesan algunas veces. Pues, ¿por qué dicen *crucificadlos, crucificadlos?*

Pero cuando la sangre de Abel mojaba la tierra, pedia al cielo venganza; al paso que, cuando la sangre del Redentor regaba el Calvario, pedia al cielo misericordia. Y es que á Abel le habían quitado la vida, y Jesucristo la daba.

Por esa dádiva infinita que llena los cielos y la tierra, y abrió las cataratas de la clemencia divina, Señor, perdonadlos; Señor, perdonadnos.

VIERNES SANTO.

Díceles Pilatos, según refiere el Evangelio de San Juan, ¿á vuestro rey he de crucificar? Respondieron los Príncipes de los sacerdotes: No tenemos mas rey que al César. Entonces se lo entregó para que le crucificasen, y tomando á Jesús le llevaron.

Y le crucificaron, á El, que era el rey de los reyes y el soberano de los Césares. El pueblo deicida y sus príncipes y sacerdotes llevaron á cabo el más horrendo de los crímenes,

que una larga y dolorosa peregrinación por la historia del mundo no podrá jamás borrar. Pero aquella sangre vertida amorosamente sobre la cumbre del Gólgota cayó sobre el género humano para salvarle, para redimirle, para arrancarle del original pecado.

Desde entonces, desde aquel día memorable en que se consumó el supremo sacrificio, las generaciones recuerdan uno y otro año, y casi á despecho suyo, que Dios murió en la cruz por el hombre, y que los príncipes de los sacerdotes se equivocaron al reconocer un solo señor y al no adorar mas que al César.

Mejor aleccionados nosotros, buscamos por otros caminos la satisfacción de superiores deseos. Sobre el amor de los Césares colocamos el amor á Dios, y en más que á los humanos intentos tenemos á los divinos mandatos. Aquel que por nosotros murió en día como este y padeció afrentosísimo suplicio, reclama nuestro amor y nuestra adhesión, y obedecémosle humildemente dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Mirando de continuo á lo alto, hemos aprendido á ver nuestra última patria en superiores esferas. Mientras por aquí abajo andamos, claro es que hemos de procurar sentar la planta en el terreno firme, mas dentro de nuestra alma resuena incesantemente la voz celestial que á grandes voces nos llama con solicitud incansable. Así damos al mundo lo que es suyo, pero es á manera de préstamo

pasajero que á poco y por poco tiempo obliga.

Este misterio del divino amor que hoy conmemoramos, nos ofrece la ley eterna de vida de que no hemos de salir, si nuestro bien queremos. Quien, siendo Dios soberano y César omnipotente, llevó su amor por el hombre hasta sufrir los más terribles trances á que la humana naturaleza pudo sujetarse, del hombre ha de exigir todos los sacrificios, todos los deberes, toda obediencia. Y en esta especie de pacto, que realmente no es pacto, aunque en alguna manera pudiera parecerlo, la voluntad del hombre es esclava de su mismo deber, y este es tan alto, que no hay lengua humana capaz de expresar sus condiciones. Contra legítimo y superior derecho no ha de oponerse otro derecho, sobre todo si este fuese dudoso y contingente.

Advierta, pues, la razon humana, aún aquella que vive caída en las tinieblas del error, que el caso es gravísimo y que de su resolución puede originarse, si no es acertada, una ofensa contra Dios. No diga, pues, que ella no tiene más que un César, llámese rey, llámese pueblo, llámese conciencia. No ultraje á la potestad divina con semejante blasfemia, ni aplauda las palabras de los príncipes, de los sacerdotes judíos, ni pida de nuevo la crucifixión del Justo. Párese, por el contrario, en la contemplación de los misterios de este día, y saque de ellos provechosas enseñanzas para sí y para los demás.

Dios omnipotente, criador del Cielo y de la tierra, exige de sus hechuras amor profundo y fervorosísima obediencia. El hombre, criatura racional dotada de nobles facultades, ha de someterlas del todo á la voluntad de Dios. Y como esta voluntad es infinitamente sabia, no hay para qué dudar sobre la razón de nuestra obediencia. Mas, en lo contingente y terrenal, bien cabe la duda y el temor de equivocarnos, por lo que aflójense los lazos que á lo humano nos unen, tanto como se aprietan y afirman los que á Dios nos ligan.

Para que fuese testimonio vivo de su venida y para que sus mandatos gozasen de perdurable eficacia, estableció Jesucristo la Iglesia católica, que no es una vana palabra, ni una institución pasajera. Los que dentro de sus anchos dominios hemos nacido, estamos obligados á seguir sus enseñanzas, y á sacrificar á esta obligación todos los deberes. En este punto, aún los ciegos están obligados á ver, porque no hay salvación posible, fuera de sus doctrinas.

Y no atiende esto solo á la vida de la razón, porque la doctrina de la Iglesia alcanza á ser regla práctica de la vida. No basta creer, es necesario obrar de conformidad con la creencia sana. No basta reconocerse hijo de la Iglesia, y mirar amorosamente hácia el Calvario, y derramar lágrimas de dolor por la muerte del Justo: es preciso y obligatorio contribuir con todas nuestras facultades

des al logro de los fines que encierra el gran sacrificio. Muerta está la fé sin las obras, y manda Dios á todo fiel cristiano que lleve hasta los últimos términos y rigurosamente las consecuencias de su doctrina.

Llamarse hijo de Jesucristo y discípulo de la Cruz y no secundar la voluntad de Cristo, ni trabajar para que la Cruz sea la bandera de todos los hombres, es equivocada manera de entender los propios altísimos deberes. No hemos de aspirar solo á ser cristianos, sino á que lo sean los demás. Con doblar la frente ante el suave yugo de la ley cristiana no lo hemos hecho todo, porque nos obliga el precepto de ganar los corazones para la Santa Madre.

Y no ha de amenguar nuestra generoso propósito el imperio de las tinieblas que se han extendido poderosas sobre la faz del mundo. También al morir Jesús reinaron la confusión y el miedo, hasta que al tercer día resucitó triunfante.

MARÍA EN EL CALVARIO

Junto á la cruz.

Stabat juxta crucem Jesu
mater ejus.

Estaba junto á la cruz de
Jesus su Madre.

(S. Juan, cap. 19.)

La Virgen soberana,
la dulce tortolilla,
la que de gracia es llena,
la sola prudentísima;

La reina de los cielos,
la limpia sin mancilla,
la cándida paloma,
la oveja inocentísima;

La angélica Señora,
la virgen fidelísima,
la que entre las mujeres
fué sola bendecida;

La que la Iglesia llama
fragante rosa mística,
modelo perfectísimo,
espejo de justicia;

La más bella azucena,
la palma más erguida,
la raíz de cuyo tallo
brotó una flor divina;

La virgen de las virgenes
y al par madre purísima,
que carne al Verbo diera,
gozosa, fiel, sumisa...

En pié, junto al madero
que á Cristo suspendía,
se hallaba contristada,
del Gólgota en la cima.

Y aún cuando la acompañan
do quier las tres Marias, (1)
y Juan, el predilecto
del salvador Mesías,

No importa, ella está sola,
sintiendo como espira
el Fénix amoroso
que allí se sacrifica.

Desde la altura santa
que todo lo domina,
observa temerosa
los bárbaros deicidas,

(1) María Magdalena, María Cleofé y María Salomé, madre de San Juan y de Santiago el menor.

Que en turbas infernales
aquí y allá se agitan,
sedientos de la sangre
de la inocente víctima.

Sus recatados oídos
oyen, y le horripilan
las fieras carcajadas
que Satanás inspira.

Escucha sus insultos,
percibe sus diatribas,
y sufre sus escarnios,
sus mofas depresivas.

Y la co-redentora,
la emperatriz omnimoda,
la capitana excelsa
de angelical milicia,

Se aflige, desfallece,
alármase y vacila;
pide socorro á todos,
más... ¡nadie se aproxima!

¡Nadie la compadece,
nadie su pena alivia;
no hay nadie que la atienda,
ni nadie que la sirva!!

En tan sensible angustia,
en situación tan crítica,
en lance tan funesto
y de tan gran valía,

Sus ojos de gacela
eleva entristecida;
sus maternales brazos
extiende dolorida;

Entreábrese su boca
que pura miel destila;
conmúevase su pecho
que la virtud anida;

La angustia y la zozobra
sus bellas manos crispán,
herido y traspasado
su corazón palpita;

Y una plegaria fervida
con expresión dulcísima
su lengua sonora
al cielo airado envía.

¡Gran Dios! por fin exclama
la madre afligidísima:
¿Por qué con los rigores
que tu poder fulmina,

Así consientes ahora
que la infernal malicia
use su dura garra
contra esta cierva herida?

¿Cuál tu bondad eterna,
cómo tu ley suavísima,
tu mano poderosa,
tu voluntad firmísima,

Que en los inmensos mares
la superficie risa;
que anima el ronco trueno,
que al rayo precipita;

Y esmalta, y engalana
con flores odoríficas
los valles y los prados,
los montes y colinas:

La que con ciencia ignota
el suelo fecundiza,
y al hombre con mil dones
le obsequia y le convida:

La que pobló de aves,
en clases infinitas,
el aire respirable
que al mundo vivifica:

La que llenó de peces,
de mil formas distintas,
las aguas que en el orbe
se encuentran esparcidas;

Así me deja sola,
y así... así me olvida,
en este trance amargo,
en este fiero día?...

Perdidô hé á mi hijo;
perdido hé á mi dicha;
perdidos son mis goces;
perdidas mis delicias.

Ha muerto ya mi encanto;
murió la gloria mia;
no existe ya mi amado;
mi Dios.... ¡ya no respira!

El sol de limpios rayos,
que todo lo ilumina,
no manda, de sus ojos,
su luz á mis pupilas.

Y en noche tenebrosa,
por el dolor rendida,
¡Señor, mi exhausto cuerpo
dará tambien su vida!!

Y cuando aquesto dijo,
humilde y compungida,
la que con regio manto
á todos nos cobija;

Antes que Magdalena
pudiera recibirla
en sus amigos brazos,
que alarga enternecida;

Junto al madero santo,
junto á la cruz bendita,
junto al preclaro emblema,
junto á la augusta insignia

Que á la familia humana
salvó de la ignominia
en que de Adán la culpa
tuviérale sumida...

Cual tierno, blando cisne
que anuncia su agonía,
y luego su cabeza
en pos del canto inclina,

La desolada Virgen,
la madre bendecida,
al suelo, desplomada,
cayó desfallecida.

M. G. de Otazo.

LA SEMANA SANTA EN JERUSALEN.

Nada más grande, más sublime, más conmovedor que la Semana Santa en Jerusalem, celebrada por un puñado de religiosos en los mismos lugares testigos de nuestra Redencion, y que llevan consigo el sello de la más augusta y poética tristeza.

El Domingo de Ramos acuden á Jerusalem religiosos de todos los conventos de Tierra Santa, los habitantes de Belén y otras villas circunvecinas, y los peregrinos de todas las naciones del mundo.

Cerca del altar provisional, levantado á la entrada del Santo Sepulcro, se colocan las palmas que traen de Gaza la noche del sábado, y el Padre Guardian de los franciscanos, revestido de una magnífica capa morada, mitra y báculo, se adelanta hácia el altar acompañado de sus asistentes, al compás del *Hosanna Filio David*, que entonan los chantres, y repite la multitud con el fervor más vivo.

El Padre Guardian bendice las Palmas, y toma para sí una adornada de flores, que entrelazadas forman al remate una corona pontifical, dando otra parecida al Padre Procurador, y distribuyendo algunas entre los religiosos y principales católicos.

Terminada la distribucion de las palmas, la procesion se pone en marcha, dando tres veces la vuelta al rededor del Santo Sepulcro.

Despues de la procesion de los católicos se verifica la de los armenios. El culto armenio es uno de los más brillantes y suntuosos, apareciendo la procesion

como un inmenso bosque de cimbradoras palmas, entre las que centellean las deslumbradoras vestiduras de los Obispos, bordadas de plata y oro, embalsamando la atmósfera la perfumada nube que se exhala de los incensarios de los levitas.

El miércoles Santo, á las tres de la madrugada, los Padres de Tierra Santa se trasladan procesionalmente á la gruta de «Getsemani» ó de la «Agonía,» donde Nuestro Señor sudó sangre y agua.

La procesion sale de Jerusalem por la puerta de Badel Sidi-Mariam (puerta de Santa María, que guia al sepulcro de la Virgen), y atravesando el valle de Josafát y el torrente Cedron, entra en el huerto de Getsemani, donde aún existen ocho corpulentos olivos que, segun la tradicion, existian ya en tiempo de Jesucristo. La santa Cueva, situada al pié de la montaña de los Olivos, y que se encuentra aún en el mismo sitio que en los tiempos de la Pasion, está sostenida hácia la parte del Mediodía, donde forma un semicírculo, por tres pilares naturales, y recibe la luz por una hendidura situada en la parte superior, y cubierta con una rejilla para evitar la profanacion. Bájase á ella por ocho escalones cortados en la misma roca. Es de una figura irregular, y tiene sesenta y seis palmos de largo y cuarenta y dos de ancho.

Como este lugar es donde el Salvador del mundo sintió todos los horrores de la muerte, experimentó tormentos sin medida, levantó sus desfallecidas manos, sudó sangre y agua, en una palabra, sufrió todo el peso de la más incompara-

ble agonía, se levantó en él un altar de varias piedras colocadas en seco, sobre las cuales se ponen el mármol y los demás adornos. Hay en la pared un cuadro que representa á Nuestro Señor sostenido por el Angel que viene á fortificarle, y la siguiente inscripcion, que el tiempo casi acaba de borrar:

Hic fructus est ejus; sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram. — Mi Pater, si vis transfer calicem istum á me.

En este dia se alfombra la Cueva, y desde las tres y media hasta las siete se celebran en ella ocho Misas, durante las cuales se rezan Prima, Tercia y Sexta. Un religioso español canta la Misa mayor, siguiendo una costumbre antiquísima. Tambien es grande la emocion que causa el canto de la Pasion en esta Cueva. La estacion se termina con las Letanías de la Virgen, y se regresa al monasterio.

A las tres de la tarde los religiosos de San Salvador se reúnen en la Iglesia, y habiendo tomado asiento en bancos preparados ante el Santo Sepulcro, empiezan el Oficio de tinieblas.

El corazon parece comprimirse al oír cantar, durante el aniversario del mayor de los crímenes y de las más grandes calamidades de Jerusalem, las Lamentaciones de Jeremías en el mismo lugar donde, deshecho en lágrimas este Profeta, se sienta y las escribe, y en la misma ciudad para quien tales cosas presagiaba.

Al concluirse las Tinieblas el Padre Vicario del coro primeramente, y luego los otros religiosos, hacen un poco de ruido pegando con los libros sobre los bancos, y al instante los niños de dentro

de la iglesia ó detenidos en la puerta ensordecen con las matracas y otros instrumentos que habían prevenido.

¡Qué efecto no debe producir esto en el paraje mismo en que, chocando las piedras, se rasgó el velo del templo!

El día de Jueves Santo, aniversario de la institucion de la Sagrada Eucaristia, se designa en Jerusalem con el augusto nombre de *Dia de los Misterios*.

En ese día la iglesia del Santo Sepulcro, adornada con la mayor solemnidad, se ve invadida por multitud de fieles.

La Misa celebrada por los religiosos franciscanos de Tierra Santa empieza á las nueve, y el Preste y los Presbíteros asistentes ostentan magníficos ornamentos de terciopelo negro bordado de oro.

Terminada la Misa aparecen seis religiosos con brillantes capas pluviales, bordadas de oro y plata, sosteniendo un magnífico pálio para recibir al Padre Guardian, que con gran pompa conduce al Santísimo Sacramento.

Caminando por entre dos filas, formadas por los Padres de Tierra Santa, que llevan hachas encendidas, la procesion, entonando los himnos sagrados, da tres veces la vuelta al Santo Sepulcro, deteniéndose á la tercera en la puerta.

El Preste, acompañado de los asistentes, entra en el interior, iluminado con profusion de lámparas y cirios; deposita la sagrada Eucaristia en un tabernáculo portátil de plata labrada, le coloca sobre el que cubre el Santo Sepulcro, y despues de haberle adorado por algunos instantes vuelve á salir, y desde el umbral de la puerta entona las Visperas, mientras en la iglesia se desnudan los altares.

El sagrado cuerpo del Señor queda así sobre el Sepulcro hasta el Oficio del siguiente día, adorándole sin interrupcion dos religiosos, que se releven cada hora.

Por la tarde, á las cuatro, se hace la ceremonia del Lavatorio ante la puerta del Santo Sepulcro. El Padre Guardian revestido con alba, y asistido del Diácono y Subdiácono, lava los piés á doce peregrinos, y les da una memoria de aquella solemnidad.

Despues del Lavatorio se vuelven los Padres á cantar el Oficio de tinieblas.

Ninguna otra ceremonia se practica en este día; pero los cristianos acostumbran visitar algunos de los parajes en los que en tal día obró el Hijo de Dios algun prodigio.

Los latinos conservan exclusivamente el derecho de usar la iglesia del Santo Sepulcro desde la mañana del jueves hasta el mediodia del viernes. Los griegos, no pudiendo entrar en el templo, levantan un altar en el átrio, donde celebran sus ceremonias. Inmensa multitud de cristianos griegos, armenios, maronitas, coftos; etc., llenan las calles adyacentes, azoteas y conventos, orando piadosamente: impresiona y conmueve el alma la piedad tranquila de tanta gente.

El Viernes Santo los Padres franciscanos celebran el Oficio de la mañana en el Calvario con las más tiernas ceremonias, se canta la Pasion, se adora la Vera-Cruz y se transporta procesionalmente el Santísimo Sacramento á la iglesia de San Salvador.

Después del Oficio invaden los griegos el templo, que en menos de media hora se transforma en una especie de hostería, porque el gran interés para aquellos cismáticos no está precisamente en asistir á la representación de la muerte de Cristo, sino en recibir el sagrado fuego del Sábado Santo. Lo que entonces pasa es indescriptible, y de ello nos ocuparemos otro día.

Toda la comunidad, con el Padre Guardian á la cabeza, toma en el suelo una frugal comida de pan y agua con algunas hojas de ensalada.

Después se canta, como en los días precedentes, el Oficio de Tinieblas, y se empiezan las Estaciones. A fin de grabar más profundamente en los corazones el recuerdo de la Pasión y muerte del Salvador, los religiosos hacen cada año una función del todo conforme al génio de los orientales.

Por medio de una bellissima figura de tamaño natural, cuya cabeza y miembros son flexibles y se prestan á todo movimiento, se representa la crucifixión y descendimiento de una manera sorprendente.

A las seis de la tarde los Padres de Tierra Santa salen, con este gran Crucifijo, de la capilla de la Santísima Virgen. Seguidos de fielas en dos hileras, y con antorchas en las manos, van cantando alternativamente el *Slabat Mater* y el *Miserere*.

La procesion se detiene primeramente en el altar de la *Division de los vestidos*, situado en el mismo paraje en que los soldados se dividieron los de Jesús. Nótese que, según la costumbre del país, eran tres los vestidos que se llevaban

puestos, á saber: túnica ó camisa, de una sola pieza; sobre esta, otra más larga llamada *doliman*, y el *tertales*, de modo que los dos últimos fueron despedazados y repartidos, y el primero se adjudicó por suerte. Esta capilla tiene cinco pasos de longitud con tres de altura.

De esta capilla se pasa á la de los *Improperios*, donde un religioso español dirige algunas palabras á la muchedumbre. Llámase *de los Improperios* por venerarse la columna en que estaba sentado Jesucristo mientras preparaban lo conveniente á su suplicio. La tal columna tiene dos piés de elevación con cuatro de circunferencia. Es de jaspe negro, blanco, rojo y verde. La capilla tiene cuatro pasos de largo y uno y medio de ancho. A diez pasos de la capilla de los *Improperios* se halla una escalera de veinte escalones, y se sube al monte Calvario.

Está cubierto de mármoles y dividido en dos capillas por medio de arcos. La que se ve hácia el Septentrion es donde el Señor fué clavado en la cruz. Los Padres franciscanos celebran todos los días en este lugar la Santa Misa. En la otra que está al Mediodia se plantó la cruz de Jesucristo: todavía existe el agujero abierto en la peña, de profundidad de pié y medio, además de la tierra que tendria encima. En su inmediación está el paraje donde se pusieron las de los dos ladrones. El agujero donde se metió la Santa Cruz es del diámetro de un palmo, está cubierto con una plancha de plata.

Al llegar á este paraje la procesion, el religioso que lleva el Crucifijo lo deposita respetuosamente al pié del altar, y el Padre español prosigue su discurso

en medio de la multitud enternecida. Se clava la imágen en la cruz, el Crucifijo es levantado y puesto en el mismo lugar en que fué elevada la verdadera cruz, sobre la cual se consumó la salud del género humano. El Padre recuerda entonces las últimas palabras del Salvador.

Después de un cuarto de hora de profundo silencio, interrumpido tan solo por suspiros y lágrimas, uno de los Padres sube á lo alto, quita de la augusta frente la corona de espinas, y arranca los clavos de los piés y manos de Jesús en tanto que otros religiosos sostienen con blanquísimos lienzos los desoyuntados brazos, verificándose el descendimiento en el mismo sitio y la misma forma que el del Salvador.

El celebrante primero, y en seguida la comunidad, se adelantan en silencio, se prosternan y besan con respeto la corona y los clavos, y los presentan á la veneración de la multitud. En seguida la procesion sigue su marcha, trayendo un religioso en una azafata de plata la corona y los clavos.

Otros cuatro conducen la efigie, deteniéndose en la *Piedra de la Uncion*, en la que José de Arimatea y Nicodemus ungieron el sagrado cadáver. Se halla cubierta con una tela fina, en cuyos cuatro ángulos hay otros tantos vasos de perfumes. Envuelto el cuerpo en el sudario, se le coloca en ella, descansando la cabeza en la almohada. El Preste se arrodilla, le rocía de esencias, quema incienso, mirra y aloes, y la procesion continúa hasta la iglesia, donde se coloca la santa efigie sobre el Santo Sepulcro.

Durante la Semana Santa, los sacerdotes armenios se reúnen en el Santo

Sepulcro, ocupándose día y noche en cortar infinitos pedazos de tela blanca del tamaño de una sábana, en las que escriben algunas palabras en caracteres armenios, tocándolos después al Santo Sepulcro.

Estas sábanas se venden con gran estimación á los peregrinos que acuden de todo el órbe á Jerusalem, y que regresan á sus hogares, más orgullosos con aquella humilde mortaja, que con todos los tesoros de la tierra.

Para el peregrino que haya elevado su corazón á Dios en el Santo Sepulcro, aquel blanco sudario tocado á la tumba del Redentor, del mundo será en la última hora una prenda de paz y redención.

(Revista Popular.)

CRÓNICA RELIGIOSA.

Por los preparativos que se están haciendo por algunas de las corporaciones que asisten con sus pasos ó imágenes á la procesion del Viernes Santo, se observarán en la del presente año, notables mejoras, de las cuales podemos indicar ya algunas.

En el paso del Santísimo Cristo de la Paz, que se venera en la ermita de Santa Cruz, se renovarán los vestidos de algunas de las imágenes, que por su estado exigen esta medida.

El paso de la Soledad Dolorosa, de la iglesia de Nuestra Señora de Gracia estrenará un magnífico estandarte bordado con oro, plata y perlas, y las andas estarán adornadas con preciosos ramos traídos de Paris; componiendo la iluminación con gran número de bombas de cristal formando tulipanes, y acompañarán á la imágen de la Virgen, que llevará el mismo traje que viste en el septe-

nario de los Dolores, un considerable número de jóvenes uniformemente vestidos de nazareno, con cirios blancos y un lazo de crespon negro pendiente de los mismos.

La preciosa imágen de Nuestra Señora de la Soledad que se venera en la parroquia de Santa María, vestirá su hermoso traje de terciopelo negro, estrenando un sobrepelliz de gran mérito y valor; y saldrá á la procesion colocada en un bonito templete adornado con pasiones y rosas de color blanco, que están confeccionando algunas señoras de esta ciudad.

En el magnífico paso del Sepulcro, cuya iluminacion causa una verdadera sorpresa y ofrece un brillante golpe de vista, se introducirán tambien algunas mejoras; debidas á la iniciativa de varios individuos de la Junta directiva de la corporacion que no ha perdonado medios para que el referido paso se presente con el decoro y ostentacion más posibles.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las ocho y media, bendicion y procesion de las Palmas, misa conventual con sermon que dirá el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral.

En Santa María, á las nueve, bendicion y procesion de las Palmas, y á continuacion la misa mayor con sermon á cargo de D. Enrique Farach, sochantre de la misma.—Por la tarde, á la hora acostumbrada, continuará la novena de María Santísima de la Soledad, predicando D. Juan de Zarandona.

En Nuestra Señora de Gracia, á las ocho, misa de renovacion.

En las Capuchinas y Agustinas, á las siete, la misa y bendicion de Palmas.

Lunes.—En Santa María continúa la novena de la Soledad, siendo orador don Antonio Llofriu.

Mártres.—En Santa María, último dia de la Novena, será orador, el Sr. D. Florentino de Zarandona.

Miércoles.—En la Colegial y Santa María, á las seis de la tarde, Maitines y Laudes.

Jueves Santo.—En la Colegial, á las diez, misa mayor y los oficios propios de tan solemne dia.—Por la tarde, á las dos, sermon de Mandato, que dirá don Tomás Domenech.—A las seis, Maitines y Laudes.

En Santa María, á las nueve, misa mayor y los demás oficios, concluyendo con el Lavatorio.—Por la tarde, los oficios de Tinieblas, á las cuatro.

En Nuestra Señora de Gracia, á las ocho, los oficios del dia, y por la tarde, á las cuatro, Maitines.

En las Capuchinas y Agustinas, á las ocho, la misa y demás oficios, y por la tarde á las siete el sermon de Pasion.

Viernes Santo.—En la Colegial, á las seis de la mañana, sermon de Pasion que dirá D. José Carratalá.—A las nueve y media, los oficios del dia.

En Sta. María, á las seis de la mañana predicará el sermon de Pasion D. Enrique Farach. A las nueve los oficios del dia.—Por la tarde, procesion del Santo Entierro, predicando la plática D. José Juliá.

En Nuestra Señora de Gracia, á las seis de la mañana habrá sermon de Pasion que predicará D. Juan Bautista Beltrán.

En las Capuchinas y Agustinas, á las siete, los oficios de costumbre, y el sábado á las seis.

Sábado Santo.—En la Colegial, á las ocho y media y en Santa María, á las ocho, los oficios del dia.

NOTA.—La funcion del Sagrado Corazon de Jesus que tenia que celebrarse el viernes 4 del actual, tendrá efecto el lunes 14 del corriente, y la de las Hijas de Maria que debia celebrarse el Domingo de Pascua se efectuará el 20 del actual á las horas de costumbre.